

EN BUENA COMPAÑÍA

Francisco Javier AYUELA AZCÁRATE



Ningún oficio más bonito que el de capitán de infantería, artesano del valor heroico, orfebre del valor estoico, que va a pie donde lo mandan con sus hombres detrás y que a veces se queda en el camino con una bala, ¡con qué facilidad, Dios mío!, que le para los pulsos del corazón.

Camilo José Cela.



OR pitos o por flautas, con las prisas y otras ponzoñas de la modernidad, a veces no prestamos la debida atención a la esencia de los asuntos y corremos el riesgo de acabar cogiendo el rábano por las hojas. ¡No será porque no hayamos recibido suficientes recordatorios! Sin necesidad de remontarnos a los tiempos de Maricastaña, el insigne coronel, escritor ilustrado y sagaz filósofo don José de Cadalso nos dejó dicho:

«...las verdades útiles están tan lejos de ser repetidas con sobrada frecuencia que pocas veces llegan a repetirse con la suficiente.» (1).

No parece mal consejo y, encima, viniendo de quien viene, sería una insensatez no tomarlo en consideración. Como tampoco es cosa de extenderse en demasía, bastará con repetir algunas «verdades útiles»; en este caso, a pesar de ser notoriamente sabidas, no son en absoluto perogrulladas. Confío en que sirvan como introducción al fin pretendido, que no es otro que reflexionar

(1) DE CADALSO, José: *Cartas Marruecas. Noches lúgubres*. Madrid. Ediciones Cátedra, 2005, p. 308.



Detalle de *El Socorro de Ceuta y Tánger*. Palacio de El Viso del Marqués.
(Foto: R. de Campos).

sobre la importancia de un espíritu. ¡Que no cunda el pánico! No me refiero a hechicerías o exorcismos; no, hablo de un espíritu noble, el que anima al real y glorioso Cuerpo de Infantería de Marina, la infantería naval más antigua del mundo.

Desde 1537 los infantes de Marina, en sus orígenes soldados especializados de la Infantería española, han servido cada día a España y a los españoles, tanto en paz como en guerra, dando lo mejor de sí mismos y sin esperar a cambio nada más que la satisfacción del deber cumplido, como tan sabiamente establece la Ordenanza. Como tantos otros soldados, marinos y aviadores, en todas las ocasiones en que así se les ha demandado los soldados de Marina han derramado su sangre y entregado su vida por España.

Durante sus largos años de existencia —más de 172.000 jornadas— los infantes de Marina, permanentemente vinculados a la Armada, han luchado, por tierra y por mar como reza su lema, en prácticamente todas las guerras en las que se ha visto envuelta nuestra Patria, combatiendo en los cinco continentes y haciéndose acreedores a numerosas distinciones y notables privilegios. Más recientemente, han asumido un papel significativo en diversas operaciones de paz en las que España ha participado, cumpliendo como los mejores y,

al igual que el resto de sus compañeros de las Fuerzas Armadas, sin haber avergonzado ni una sola vez a los españoles a los que sirven.

Los soldados de Marina, además de distinguirse en el esforzado servicio de las armas españolas durante siglos, han sufrido diferentes vicisitudes orgánicas, traducidas en un rosario de reorganizaciones; ni siquiera faltó una propuesta para que la Infantería de Marina pasara al entonces Ministerio de la Guerra —es decir, al Ejército de Tierra—, e incluso se decretó su disolución en el año 1931. De una forma o de otra, a trancas y barrancas, los soldados del mar siempre han seguido a flote, y así han llegado hasta nuestros días con renovada vitalidad. Hoy, fiel a su tradición naval y expedicionaria, el Cuerpo de Infantería de Marina goza de un merecido prestigio, ya que proporciona con contrastada eficacia —también con una inmejorable relación entre calidad y precio— una parte significativa de las capacidades militares que se precisan en el complejo escenario estratégico que nos ha tocado en suerte. Por eso, el horizonte de futuro de la Infantería de Marina como fuerza de combate aparece tan azul y despejado como un inigualable cielo velazqueño.

¿Cuál es la razón última de tan saludable trayectoria histórica? Obviamente ha de haber más de una, pero imaginemos que sólo pudiésemos señalar una: la madre de todas las razones. Seguro que cada maestrillo tiene su librillo, pero para muchos la causa que más ha contribuido a los logros pasados y presentes de la Infantería de Marina, la que ha permitido a sus miembros seguir adelante durante largos años, contra viento y marea, es un elemento intangible: su legítimo y envidiable espíritu de cuerpo, un fuerte sentimiento de identidad que ha fructificado a lo largo de los siglos y que forma parte del patrimonio moral de todos los miembros de la Armada española.

No resulta sencillo saber con exactitud qué es el espíritu de cuerpo; como todos los sentimientos intensos, como el amor o el patriotismo, se resiste a la definición. Shakespeare anduvo cerca de conseguirlo en la conocida arenga que pone en los labios de Enrique V antes de la batalla de Agincourt, cuando



*Compañía de arcabuceros. Palacio de El Viso del Marqués.
(Foto: R. de Campos).*

el rey, dirigiéndose a sus agotados soldados, proclama la enorme suerte que tienen los que allí se encuentran y la unión de por vida que supondrá la lucha que juntos van a emprender:

«...nosotros escogidos, felizmente escogidos, nosotros hermanos de sangre. Pues el que vierta hoy aquí su sangre conmigo será mi hermano...» (2).

El espíritu de cuerpo quizá sea la confianza que otorga el formar parte de una inacabable lista de soldados anónimos —como la famosa y larga línea gris que designa a los graduados de la Academia Militar de West Point—, cuya memoria se perpetúa en cada acto de la vida diaria; o puede que sea la firme esperanza de saber que uno se mantendrá vivo en el recuerdo y en el trabajo de los que le seguirán.

La Infantería de Marina española tiene la suerte de contar con una línea realmente larga, verdaderamente gloriosa. Mirando hacia atrás pueden verse en la distancia ballesteros de tabla, piqueros y arcabuceros con sus morriones y coseletes, granaderos de vistosas casacas, soldados vestidos de rayadillo, junto a hombres y mujeres enfundados en modernos uniformes mimetizados o luciendo con orgullo sus distintivas franjas y sardinetas. En esta línea borrosa e interminable hay muchos nombres; algunos son famosos, la mayoría no, pero todos son recordados con admiración, todos son dignos del impagable servicio que desempeñaron y del ejemplo que legaron a sus herederos.

Sea lo que fuere el espíritu de cuerpo no cabe duda de que funciona, a las pruebas me remito. La historia militar nos enseña que a menudo los soldados luchan por su país o por elevados ideales, pero al final, en la hora suprema del sacrificio, suelen hacerlo por sus compañeros, una verdad que reviste la máxima importancia en un cuerpo de tropas, en un cuerpo de fusileros como es la Infantería de Marina española. Ninguna revolución en asuntos militares ha modificado la primacía del factor moral de los combatientes sobre cualquier otra consideración. Como señalaba acertadamente el duque de Alba en una carta a don Juan de Austria en 1573:

«Lo que defiende las plazas no son las murallas, sino la gente...» (3).

El espíritu de cuerpo constituye un elemento subordinado al espíritu militar, virtud que ha de ser su guía permanente y su sustento ético. Para tratar de ser objetivos, hay que señalar que, por diversas razones, junto a fervientes

(2) SHAKESPEARE, William: *Henry V*. Cuarto acto, escena tercera.

(3) Citado por ESPINO LÓPEZ, Antonio: «Tratadística militar hispana de los siglos XVI y XVII». *Aproximación a la Historia Militar de España*. Volumen I. Madrid. Ministerio de Defensa, 2006, p. 226.

partidarios —como don Juan José Navarro, capitán general y marqués de la Victoria, que a los ocho años sentó plaza en el «Tercio del Mar de Nápoles, Fijo de la Real Armada» (4)—, al espíritu de cuerpo tampoco le han faltado ardientes detractores. Bastará con un ejemplo. El ilustre ingeniero don Mariano Rubió y Bellvé, aunque primero lo califica de «...aliento moral y alma de las corporaciones...», enseguida advierte que mal entendido puede llegar a ser «...soplo infernal que se introduce en las colectividades para cegarlas...» (5).

Si a lo largo de los tiempos alguien abrigó oscuras intenciones o se dejó seducir por tan diabólicos ofuscamientos, se equivocó de plano. Desde luego nunca ha sido el caso de los soldados de Marina, que en todo momento han dado sobradas muestras de lealtad y disciplina. El espíritu de cuerpo de nuestra Infantería de Marina representa un afán permanente de superación, un honroso resorte de exaltación del alma del soldado, jamás ha sido la fuente de la arrogancia o un refugio para la melancolía, y nadie podrá decir que haya afectado en lo más mínimo a la obediencia, «piedra fundamental de todo el arte militar» (6).

El espíritu de cuerpo contribuye significativamente a que la Infantería de Marina cuente con un banderín de enganche atractivo y demandado, firmemente asentado en los valores que conforman las Reales Ordenanzas para las Fuerzas Armadas. El Cuerpo ofrece una vida militar que merece la pena, una experiencia profesional de la que cada uno —al margen de los años que sirva en sus filas y por muy desmadejado que se encuentre al completar su periplo— podrá decir con satisfacción: ciertamente, convertirme en infante de Marina fue una buena decisión.

En definitiva, la capacidad militar de la Infantería de Marina descansa en gran medida en el mantenimiento de la férrea cohesión, la disciplina y el adiestramiento de calidad que facilita su acendrado espíritu de cuerpo, un valor tan seguro que por mucho que se haga por él nunca será suficiente. Las virtudes militares suelen estar reñidas con la improvisación. Un militar francés, Ardant du Picq, estudioso de las batallas de la Edad Antigua, lo señaló con gran acierto:

«La disciplina no se puede obtener o crear en un día. Es una institución, una tradición.» (7).

(4) O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA, Hugo: *La Infantería de Marina Española: Historia y Fuentes*. Empresa Nacional Bazán, 1999, p. 199.

(5) RUBÍO y BELLVÉ, Mariano: *Diccionario de ciencias militares*. Barcelona. Biblioteca Militar, 1895-1901.

(6) Felipe IV al marqués de Aytona. *Colección de documentos inéditos para la historia de España*. Real Academia de la Historia, 1890. Volumen XCVI, p. 477.

(7) Citado por FERRIL, Arther: *La caída del Imperio Romano. Sus causas militares*. Madrid. Biblioteca Edaf, 1998, p. 52.



Guiones de las unidades del Cuerpo de Infantería de Marina. XXV aniversario de la creación de la Compañía «Mar Océano». El Pardo, diciembre de 2006.

Al igual que los miembros de los Tercios Viejos, cuando los señores soldados del *Tercio de la Armada del Mar Océano* entraban en liza, todos, desde el maestre de campo al soldado más bisoño, tenían claro que su verdadera fuerza residía en mantenerse firmes. Por encima del estruendo del combate —poco importaba que fuera terrestre o naval— siempre se oían los gritos, atronadores e incansables, que llamaban a la unión inquebrantable a la Infantería de Armada: «¡Santiago! ¡Santiago! ¡España! ¡España!» (8). La incesante invocación a la unidad, condición necesaria para garantizar la eficacia operativa, constituye una preciada herencia y una magnífica enseñanza a seguir.

(8) QATREFAGES, René: *Los Tercios*. Madrid. Ediciones Ejército, 1983, p. 435.

Los que saben de la profesión de las armas suelen repetir que el único error que un militar no puede permitirse es el de apreciar incorrectamente la situación, ya que si se parte de un diagnóstico equivocado todo lo que sigue carece de sentido. Por eso es importante recordar lo que de verdad es permanente e invariable en el negocio que nos atañe. Aunque en la vida siempre quedan desiertos que atravesar, los versos de los grandes poetas, como José Ángel Valente, nos enseñan la solidez de lo fundamental:

«Haber llevado el fuego un solo instante
razón nos da de la esperanza.
Pues más allá de nuestro sueño
las palabras, que no nos pertenecen,
se asocian como nubes
que un día el viento precipita
sobre la tierra
para cambiar, no inútilmente, el mundo.» (9).



Oficiales del 2.º Regimiento de Infantería de Marina. Cuartel de Dolores. Ferrol, 1905.
(Fotografía de Jean David, 35 Rue Rivay, Levallois, París).

(9) VALENTE, José Ángel: *Punto cero: poesía 1953-1971*. Barcelona. Barral Editores, 1972, p. 228.

Las unidades de Infantería de Marina no reciben el nombre de compañía por casualidad. La disciplina, esa esencia de la profesión que ha de prevalecer en la milicia por encima de tirtos y troyanos, es la virtud que, caso necesario y en buena compañía, permite luchar el tiempo que haga falta. Don Miguel de Cervantes, al abordar el intrincado asunto de la gloria en la milicia, pone en boca de su inmortal Don Quijote unas palabras que bien pudieron nacer de su experiencia como soldado de Marina; algo que, a pesar de todo, él estimó siempre como el más alto honor:

«...si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado o cojo, a lo menos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza.» (10) .



(10) DE CERVANTES, Miguel: *Don Quijote de la Mancha, Segunda Parte*. Edición del IV Centenario. Real Academia Española. Asociación de Academias de la Lengua Española, p. 740.